

UN PINTOR ARGENTINO: LUIS I. AQUINO

La inauguración de la exposición de este joven pintor paisajista, acaecida el día 19 de agosto en los salones de la Sociedad «Amigos del Arte», constituye una verdadera revelación para la pintura nacional. Dentro del género del paisaje realista y teniendo en cuenta solamente los valores positivos del arte, prescindiendo por lo tanto de algunos defectos, nuestro juicio no vacila en afirmar que Fader es el único que aventaja a Aquino en nuestro país. La aparición de un artista tan bien dotado constituye, como hemos dicho, una verdadera revelación, y si consideramos que las telas expuestas son las primeras que ha pintado Aquino, caeremos en la cuenta del significado de esta exposición de un artista poderoso, grande en la actualidad y sin duda alguna más grande aún en el futuro.

Esta firme esperanza en el progreso próximo de Aquino la fundamos no sólo en la presente excelencia de sus telas, sino en la evolución que en los mismos cuadros se aprecia hacia una mayor desenvoltura técnica y hacia un «intimismo» que se va esbozando en algunos de sus temas y que lo apartan de preocupaciones un tanto objetivas, por lo demás magistralmente logradas. Desde «Mañana de Sol» y «Matinal», hasta «La oración», «Rocío del amanecer» y «La pila», se puede observar esta evolución hacia el arte integral «objetivo-subjetivo», pasando por una serie de paisajes que resuelven temas los más variados, a horas del día diferentes, y expresando, junto a una exacta visión del color, tan acertadamente otras calidades de los objetos pintados, que se diría que para Aquino no se presentan dificultades técnicas de mucha monta. Aquino, en efecto, se destaca por la riqueza y ajuste de su paleta, la entonación total de cada una de sus grandes telas, la maestría del dibujo y el logro de la perspectiva sin artificios de receta. Tan sobresalientes cualidades revelan, juntamente, un formidable temperamento artístico, arrobado en las bellezas naturales de las sierras y panoramas cordobeses, para quien los más insignificantes objetos—un arbolito lejano, una nubecilla, un reflejo de luz—atraen todo el cariño emocional con que ha sabido trasladarlos al lienzo.

Se habla de una influencia de Fader sobre Aquino; sin embargo se presentan, entre ambos, diferencias no precisamente técnicas, sino respecto a la misma visión del color. Los colores azules, violetas, y, sobre todo, los verdes, no son de Fader. Por lo demás, el parecido que a primera vista parece observarse, no tiene nada de extraño teniendo en cuenta que tanto Fader como Aquino—pintores hondamente realistas—han pintado el mismo panorama cordobés, usando el mismo medio de expresión: la espátula, no el pincel. Tanto valdría afirmar, por ejemplo, que Fader y Zügel se asemejan: ello nada quita al mérito intrínseco de ambos.

La revista ESTUDIOS se complace en poder hacer un juicio tan elogioso de un artista nacional, lamentando la premura de tiempo que le impide extenderse sobre detalles analíticos igualmente encomiásticos.

C. E. P.